

Plática LXVII. De las indulgencias parciales, página 509.

Plática LXVIII. De las indulgencias que se pueden aplicar por sufragio de las almas santas del purgatorio, pag. 514.

Plática LXIX. De la tercera parte de la salme con oraciones Santa Maria, Mater de Dios, pag. 447.

Plática LXX. Del patrocinio de Maria santissima, comprahida en las oraciones: Rosario por nosotros pecadores, pag. 448.

Plática LXXI. Prosigue el mismo asunto, pag. 450.

Plática LXXII. Prosigue el mismo asunto, comprahida en las oraciones: Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, pag. 451.

El Hymno de la santissima Trinitad: Gloria Patri & Filio, & Spiritui sancto, pag. 458.

Plática LXXIII. De las demás oraciones con que la santa Iglesia pide a Maria santissima su amparo y poderosa patrocinio, pag. 459.

Plática LXXIV. Del patrocinio de Maria santissima con que socorre prontamente a las almas de sus devotos, desahogada en el purgatorio, pag. 487.

Plática LXXV. De la esperanza que este todo el cristiano en el tesoro de las indulgencias, pag. 492.

Plática LXXVI. Del mismo, pag. 498.

Plática LXXVII. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXVIII. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXIX. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXX. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXI. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXII. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXIII. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXIV. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXV. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

Plática LXXXVI. De la indulgencia plenaria, pag. 504.

SE-

[7]



PARTE SEGUNDA.

QUE CONTIENE LA EXPLICACION

de la segunda Virtud Teologal, que es la *Esperanza*,

y la oracion del Padre nuestro y del

Ave Maria.

PLATICA PRIMERA.

¿Qué cosa es la Virtud de la *Esperanza*?

Compara el Apostol esta noble virtud de la *Esperanza* á el áncora (a); porque así como en la nave, que camina por un dilatado mar entre tantas tormentas, escollos y precipicios, se vale el piloto del áncora para que quede salva, estando asegurada è inmovible; así tiene Dios concedida la virtud de la *Esperanza* á nuestra alma: la qual como una nave en el mar de este mundo và navegando para llegar al puerto de la eternidad, entre tantos peligros, escollos y precipicios que continuamente la cercan, y entre tantos piratas que la persiguen, quales son el mundo, demonio y carne, á fin de que no sea sumergida y sepultada entre las ondas, ni sea tomada y hecha cautiva de sus enemigos; sino que afirmada y asegurada de tan heroyca virtud, pueda en fin arribar á el puerto de la gloria, y lograr su centro, descanso y ultimo fin, que es su Criador. Mas dice Santo Tomás (b), que hay solo esta diferencia, que para la seguridad de una nave dentro del mar, se fixa el áncora en tierra; pero para la de nuestra alma se fixa el áncora de la *Esperanza*, no en la tier-

Tomo II.

A

ra,

[2]
ra, ni en cosa alguna de este mundo, pues en él no hay cosa sólida en que pueda afirmarse y descansar, sino en lo mas alto del cielo, hasta llegar á su mismo Dios y Criador.

2. ¿Qué cosa es la virtud de la Esperanza? Ya lo dice el Gatecismo: es una virtud y don sobrenatural, por el qual esperamos la eterna bienaventuranza, y los medios necesarios para ella. El Maestro de las Sentencias la define diciendo: *Est expectatio certa future beatitudinis, proveniens ex gratia Dei, & meritis nostris.* Es una esperanza cierta de la futura bienaventuranza, que dimana de la gracia de Dios, y de nuestros méritos. Por tanto, conviene mucho para la salvacion de nuestras almas abrazarnos estrechamente con esta noble virtud de la Esperanza, á fin de llegar algun dia á poseer el objeto de ella; esto es, á ver claramente á Dios nuestro Señor en la gloria; pues el objeto de esta virtud es Dios, no invisible, sino visible. A Dios invisible debe creer la virtud de la Fé: á Dios invisible debe amar la virtud de la Caridad; mas la de la Esperanza, no puede gozar de Dios invisible; y por tanto, no puede estar contenta, ni satisfecha hasta gozar de su presencia; firme sí y constante, animosa y ansiosa de poseer tan grande bien. Hemos de considerar tres actos en la virtud de la Esperanza. El primero es, con el que esperamos la eterna bienaventuranza, la qual, como dice el Angélico Maestro (c), es un bien tan grande y árduo, que no hay fuerzas en nuestra voluntad suficientes para alcanzarle, sino las diese la virtud de la Esperanza. El segundo, con el qual esperamos alcanzar el perdón de nuestras culpas; pues estas son tan opuestas á Dios, que no podríamos esperar el perdón de ellas, si él mismo no nos comunicase esta virtud de la Esperanza. El tercero es, con el que esperamos que el Señor oirá nuestras oraciones y súplicas, y socorrerá nuestras necesidades con mas prontitud y eficacia, que ningun padre natural á sus hi-

[3]
hijos. La Esperanza, en fin, es de dos maneras: una imperfecta, y otra perfecta.

3. La imperfecta vá indubitablemente dirigida á Dios; mas siempre lleva alguna atencion á la propria utilidad: se encamina á la suprema perfeccion; pero pretende alguna remuneracion: y nos conduce á Dios, no solo en quanto es infinitamente bueno en sí mismo, sino para nosotros. ¡O Dios mio, y cómo se vé claramente que en ella hay mezcla de amor vuestro, y de amor proprio nuestro! Es verdad, Señor, que este amor no os es desagradable; mas no es perfecto, pues mira á nuestro interés, y es amor de concupiscencia. Amamos á Dios como á nuestro ultimo fin, y juntamente nos amamos á nosotros mismos, aunque no nos igualamos, y menos nos preferimos á aquel supremo bien. El amor proprio vá mezclado con el de Dios; mas el de Dios camina alto, y el nuestro como un pobre mendigo vá por lo baxo: nuestra utilidad tiene su lugar en este amor; pero cede á Dios la primacia. Derrama el Señor sobre nosotros la abundancia de sus tesoros y riquezas, y nosotros le pedimos socorro y alivio en nuestras necesidades, el qual esperamos á las puertas de su infinita misericordia. Asi, el amar á Dios con la esperanza de la gloria, es amarle por un título muy honrado; pues de este modo confesamos, que el Señor es nuestro descanso y fin ultimo, y que en gozarle se cifra toda nuestra felicidad y bienaventuranza.

4. Asi como el ciervo, dice el Real Profeta (d), cansado, perseguido y acosado por los cazadores, busca con vivas ansias la fuente de aguas vivas, para refrescar sus ardores; asi el alma cansada, perseguida y acosada de las molestias del enemigo, busca en Dios su descanso y refrigerio. Enferma de un deseo, que crece cada hora con ardientes ansias de su bien ausente, por el qual en alta voz clama, suspira y llora, diciendo: *Quando veniam, & apparebo ante faciem Dei?* ¿Quando llegará el dia en que mis ojos vean vuestro divino

rostro, que tanto desean ver? De este modo exclamaba David. Estos eran tambien los suspiros de su alma santa, que tenia su corazón derretido como la cera; porque su esperanza se dilataba, y aspiraba por lograr esta dicha, protestando al cielo, que sus lágrimas eran su pan ordinario de noche y de día, mientras estaba ausente de su amado, y le decían sus enemigos, ¿Adónde está tu Dios? *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die, ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?* Proseguía el Profeta, y decía: mi alma tiene una sed ardiente, deseando llegar á la fuente viva de mi Dios. ¿Cuándo compareceré, Señor, en vuestra presencia para cantaros eternas alabanzas? Nosotros, Católicos, aficionados á las cosas terrenas, ponemos todos nuestros cuidados en dilatar la vida; mas el Rey David en medio de un Imperio tan lleno de guerras y calamidades, y entre tantas distracciones como le cercaban, solamente despedía suspiros al cielo, y se quejaba afligido, diciendo: ¡Aí de mí, cuánto se ha dilatado y alargado mi destierro (e)! Con esta misma esperanza del Profeta debemos todos esperar el llegar á nuestro último fin, que es ver, y gozar para siempre de nuestro Dios y Criador.

5 La *Esperanza* perfecta es, quando el alma santa suspira, y espera en Dios, no deseando de él otra cosa que á él mismo. Y la razón es, porque en la gloria, á mas de aquel bien supremo, infinito é increado, que es Dios, hay otros muchos bienes criados, y sobrenaturales, muy dignos por sí mismos de ser deseados, estimados y esperados sobre todo lo que no es Dios; mas con esta esperanza perfecta camina el alma á aquella celestial ciudad, no por el interés y provecho de aquellos bienes, sino solo por el amor que tiene á su Criador. Declara Jeremías estos dos grados de *Esperanza*, diciendo (f): Bueno es el Señor para los que esperan en él, y para el alma que le busca. Hace diferencia y distincion entre esperar en Dios, y buscar-

carle: aquel que, esperando en el Señor, quiere ó apetece otra cosa mas que á él, aunque sean los bienes sobrenaturales del cielo, espera en Dios, pero no le busca perfectamente; mas el que, esperando en él, no quiere, ni apetece del Señor otro bien sino á él mismo; éste solo busca perfectamente á Dios; y éste es el grado mas singular y perfecto de la virtud de la *Esperanza*. Por tanto nota San Bernardo, que quando el Profeta propone el primer grado de *Esperanza*, habla de muchos, *sperantibus in eum*; mas quando trata del segundo, habla de una sola alma: *Animæ querenti illum*. ¿Pues por qué muda el Profeta de número, y pasa de la multitud á la unidad, quando distingue una *esperanza* de otra? Ya lo dice el mismo Santo. Advierte prudentemente la diferencia del número; pues dixo el Profeta en plural, los que esperan, y en singular, el alma que le busca (g). Es la razón, porque esperar en Dios, y querer de su divina Magestad otra cosa que no sea él, es buscar no solo á Dios, sino tambien á sí mismo y á su propia conveniencia; y asi esta *esperanza* es vulgar, imperfecta y propia de muchos. Mas esperar en Dios, y no querer mas que á Dios, esperar en el Señor, sin buscarse á sí mismo, ni otro bien alguno fuera de él, esta es una *esperanza* particular, perfecta, y de pocos; y es la que pondera divinamente San Bernardo. Es la causa, porque no buscar en Dios mas que á Dios, ni esperar del sumo bien otro bien sino al mismo Dios, es la gracia singular, y la perfección y pureza heroica de la *Esperanza*; y el alma que así espera en el Señor, es la singular, y casi única (h).

6 Ya habia antes de San Bernardo ponderado esta fina y perfecta *Esperanza* el Real Profeta, quando dixo: Tú, Señor, me has fortalecido con singularidad en la virtud de la *Esperanza* (i). Como si dixera: entre todos los dones de Dios seré inferior á muchos, y acaso á todos; pero en la virtud de la *Esperanza* me ha

constituido y elevado el Señor á un grado tan alto y excelente, que me hizo singular entre todos. ¿Y cuál fue la causa de esta singular esperanza de David? El haber subido por todos los grados de esta virtud, hasta que llegó á verse tan singularmente elevado en ella, que esperaba con tal perfeccion, de modo que ni en el cielo, ni en la tierra apetecía de Dios mas que á Dios. Así lo confesaba, quando decia (k): ¿Qué tengo yo en el cielo, y fuera de tí, Señor, que he querido sobre la tierra! Tú eres solo el Dios de mi corazon, y el Señor es para mí mi parte, y mi herencia para siempre. La tierra, decia David, que para él no era nada, el cielo nada, y quanto puede dar ó negar aquella, ó conceder ó quitar éste, no era para él sino una nada. Que tenga el Profeta por nada la tierra, enhorabuena; pero que diga lo mismo del cielo, parece cosa estraña. No lo es, y acaso esta fue la causa, por la qual dixo de él el Señor: *Inveni virum secundum cor meum*: que habia hallado á este hombre segun su corazon. ¡O eterno Dios, y qué gran dicha es, quando un alma os entrega toda su voluntad, sin querer mas que á vos! Cotejemos ahora la confesion heroica de David con la de Dios. En el principio crió el Señor el cielo y la tierra. ¿Y antes del principio habia cielo y tierra? No por cierto. ¿Y antes de haber cielo y tierra estaba el corazon de Dios tan contento, y era el mismo Dios tan dichoso como despues de haber criado el cielo y la tierra? Sí: tan contento y tan feliz estaba Dios sin cielo, ni tierra, y sin Angeles, como despues lo está. Aquí se vé, que el corazon de David era como el de Dios, y su amor tan fino y desinteresado le obligó á decir: ¿Qué es lo que yo tengo en el cielo, y en los nueve coros de los Angeles? ¿Y qué es lo que yo quiero de vos sobre la tierra sino á vos mismo? A mi contento y felicidad nada puede quitar, ni añadir toda la tierra con toda su amenidad y hermosura, ni todo el cielo con sus cortesanos.

¿Y por qué todos estos bienes sobrenaturales del cielo, y naturales de la tierra no han de influir algun amor en el corazon de David? Por la misma razon que tengo dicha de Dios, porque el Señor tenia toda su dicha en su esencia, y en sí mismo; y David la tenia en Dios, sin querer ni desear otra cosa. Y de esto dá la razon el mismo Profeta, diciendo: *Deus cordis mei, & pars mea Deus in aeternum*: el Señor es el Dios de mi corazon, y Dios es mi parte, y mi herencia para siempre. Mi corazon no quiere otra cosa sino á Dios, ni por tiempo limitado en la tierra, ni por la eternidad en el cielo: no quiere á Dios en quanto es Señor de cielo y tierra, sino en quanto es Dios de mi corazon; porque si mi corazon es semejante al suyo, y Dios tiene toda su felicidad sin tierra ni cielos, yo tambien sin tierra ni cielo, ni todos sus bienes, tendré toda mi dicha en su magestad, porque la tiene eternamente en sí mismo, y yo porque espero tenerla en él eternamente.

7. ¡O eterno Dios! ¡O Señor infinito! De esta manera debe ser nuestro corazon con vos, si queremos esperar perfectamente con esta noble virtud de la *Esperanza*. Ha de ser nuestro corazon para con Dios, como el de Dios para con nosotros. ¿Qué espera y quiere el Señor de nosotros? Nada mas que nuestro corazon. Así lo dice San Agustín: *te, & non tua*: á tí, no á tus bienes quiere Dios. Luego si Dios no quiere de nosotros sino á nosotros mismos: no debemos tampoco querer del Señor mas que á él mismo. Por eso el mismo David en el certamen que tuvo con el Gigante Goliath, dixo al Señor (l): Conservadme, y ayudadme, Señor, pues he puesto toda mi esperanza en vos. No dice el Real Profeta que tiene su esperanza en los Angeles, ni en los bienes sobrenaturales de Dios, sino en el mismo Dios; pues, así como el Señor no tiene necesidad de nuestros bienes, ni quiere otra cosa de nosotros sino á nosotros mismos; así no debemos querer, ni

buscar otra cosa de Dios ; sino á Dios ; considerando que su soberanía es independiente de nuestros bienes , pues los tiene todos en sí mismo. Por tanto, Señor , mi esperanza ha de ser independiente de vuestros bienes ; pues , teniendooos á vos , los tendré todos en vuestros eternos palacios de la gloria. *Ad quam, &c.* Amen.

(a) D. Paul. ad Hebr. c. 6. Ad tenendam propositam spem : quam sicut anchoram habemus animæ tutam , & firmam.

(b) D. Thom. in cap. 6. ad Hebr. Differentia ergo in hoc est ; quod anchora in imo figitur ; sed spes in summo ; quia nihil in præsentí vita est firmum , ubi possit anima firmari , & quiescere.

(c) D. Thom. 1. 2. q. 5. art. 4. & 5.

(d) Psalm. 41. Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum , ita desiderat anima mea ad te , Deus.

(e) Psalm. 119. Hei mihi , quia incolatus meus prolongatus est.

(f) Jerem. Thren. c. 3. Bonus est Dominus sperantibus in eum , animæ quærenti illum.

(g) D. Bern. Serm. 9. Ipsam numeri discretionem prudenter advertite : sperantes pluraliter dixit , quærentem eum singulariter.

(h) D. Bern. Ibid. Quod singularis sit puritatis , singularis gratiæ , singularis perfectionis , non solum nihil sperare , nisi si ab eo ; sed nihil quære , nisi eum.

(i) Psalm. 4. v. 10. Quoniam tu , Domine , singulariter in spe constituisti me.

(k) Psalm. 72. Quid mihi est in cælo , & à te quid volui super terram ? Deus cordis mei , & pars mea , Deus in æternum.

(l) Psalm. 15. Conserva me , Domine , quoniam speravi in te.

PLATICA II.

¿Qué cosa es la virtud de la Esperanza?

1. Para que comprendamos mejor la nobleza y perfeccion tan grande de la virtud de la *Esperanza*, imaginemos que Dios nos dixese : ¿Hombres , queréis pecar ? Pecad ; que yo dispense que no sea pecado lo que ahora lo es : haced lo que os dé gusto : poseed quanto hay en la tierra con pacífica posesion : matad á vuestros

tros enemigos : tomad del próximo quanto gustéis ; y gozad de todos los deleytes á vuestro antojo , sin que nadie os vaya á la mano ; y esto , no por breve tiempo , sino para siempre ; pero advertid , que nunca habéis de ver mi rostro , ni gozar del reyno de la gloria. ¿No sería esta una terrible sentencia , y grande desgracia ? Era bastante sin duda para causarnos una tristeza y pena inconsolable ; pues con todos los bienes que el mismo Dios nos permitia , viviriamos llenos de melancolía , sin hallar verdadero gusto en ellos , quedando en este mundo como condenados á aquella lamentable aprehension propia de los que están en el infierno : *No podré jamás ver la cara del Señor , ni espero gozar de su gloria.* Es cierto que qualquiera hombre de juicio , si se viese comprendido en esta sentencia , debia suspirar y llorar amargamente , y clamar á Dios á gritos , diciendo : Privadme , Señor , de todos estos bienes de la tierra , antes que sea condenado á carecer de vuestra vista para siempre.

2. El Santo Rey David , colocado en un trono tan opulento , hallandose lleno de poder y de felicidades , representaba á Dios con su heroica esperanza sus deseos , diciendo (a) : Una cosa he pedido al Señor , y esta he de solicitar , el habitar en su casa todos los dias de mi vida. Y despues de esta peticion , decia con grande gozo (b) : Creo , que he de ver los bienes del Señor en la tierra de los que viven , esto es , en la patria de los bienaventurados. ¿O bienes de mi Dios y Criador, bienes suaves , incomparables , incommutables , eternos é inmortales ! ¿Quándo os veré ? Asi suspiraba por ellos el penitente Rey , estando sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. Creo , Señor , decia , que os he de ver , mas no en la tierra de los que mueren , sino en el lugar de los que viven. El Señor que quiso vivir en la tierra de los que mueren , y morir á manos de ellos , me sacará en paz de la misma tierra de los que mueren. Suspirando lo decia David ; mas con una profecía tan clara,

ra, que no miraba á su Redentor como á quien habia de venir, sino como si ya hubiese venido. Clamemos, pues, Católicos con el Profeta, y demos voces al cielo, diciendo: Creo ver los bienes del Señor en el lugar de los que viven, que sin duda Dios nos oirá; pues su deseo es oír nuestras peticiones, escuchar nuestros suspiros, y poner los ojos en nuestros deseos, los quales recibe de buena voluntad. Bien puede dilatar nuestra vida; pero no nos quitará lo que nos tiene ofrecido. Esperemos, pues, en nuestro Dios y Señor, el qual dió por precio de sus bienes toda su sangre y vida, para que gozase de ellos.

3. Preguntemos á San Pablo, ¿si cuándo estaba en esta vida mortal dexaria de ver el rostro de Dios por quantos bienes tiene el mundo? Y nos responderá en estos términos (c): Que ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecucion, ni la espada, ni la muerte con que le amenazaban, ni la vida que le prometian, ni todas las cosas criadas podrian apartarle de la caridad de Dios, ni de la esperanza de gozarle. Y si todo esto no era bastante para disminuir la heroica esperanza con que vivia el Apostol, menos podian estorbar su curso todos los bienes y delicias del mundo. Es de advertir, que dice el Apostol, que estaba cierto, *certus sum*. ¿Qué decís, Santo glorioso? ¿No repugna esa confianza á el santo temor? No por cierto, vá éste acompañado con él ordinariamente, como lo dice San Bernardo (d): Investiguemos, hermanos carísimos, el juicio de Dios, y freqüentemos con temor y temblor su consideracion. El mismo Espiritu Santo afirma lo mismo (e): Bienaventurado es el que siempre está temeroso. Y el Real Profeta dice, que es muy agradable al Señor el que le teme, y espera en su misericordia (f): y en otra parte añade: Servid al Señor con temor, y alegraos en él con temblor (g). Y lo que es mas, el mismo Apostol nos amonesta, y dice (h): Solicitad vuestra salud y salva-

cion con temor y temblor. ¿Pues cómo dice el mismo Apostol, que está cierto que ninguna criatura puede impedir su esperanza de ver claramente á su Dios y Criador? Es la razon, porque la virtud de la *Esperanza* mira á dos extremos: el primero es, alguna certeza de ver á Dios, quanto depende de los divinos auxilios, con la qual el alma santa espera la eterna bienaventuranza, confiando en la omnipotencia y misericordia de su Dios, que son dos columnas en que estriba la firmeza de la esperanza; y el segundo es la flaqueza de parte del hombre, pues de su perseverancia en la gracia pende la esperanza de la gloria. Era tan heroica la esperanza del Apostol, que, como olvidado de la humana flaqueza, decia y exclamaba que estaba cierto: *certus sum*, que ninguna criatura podia estorbar su esperanza.

4. De la esperanza junta con un vivo temor de perder la bienaventuranza fueron exemplos los Beatos Arsenio y Agatón. Del primero se lee, que fue tan grande el temor, que tenia de su salvacion, que hallandose próximo á morir, sus discipulos, que eran testigos de su santidad y exemplar vida, le preguntaron y dixeron: ¿Aún tú, padre, tiemblas? A lo que el siervo de Dios respondió: No es en mí nuevo, ó hijos, este temor; pues siempre, mientras he vivido, he temido este día. De Agatón se dice, que advirtiendo sus discipulos algunas señales de temor en él, le pidieron que les declarase la causa; y él respondió en estos términos: Son, hijos míos, muy diferentes los juicios de Dios de los juicios de los hombres.

5. Preguntemos tambien á aquellos tres Apóstoles que acompañaron al Señor en el Tabor, ¿si renunciarian la esperanza de ver la cara de Dios por todos los bienes del mundo? Y responderá San Pedro por todos (i): Señor, dice, bueno fuera que nos quedásemos aquí. Como si dixera: quedemonos en este monte lleno de gloria; y no volvamos á buscar las delicias y honras que nos puede ofrecer el mundo. Una

sola sombra y bosquejo de la gloria que el Señor les manifestó en el Tabór, fue suficiente para hacer olvidar á San Pedro todos los bienes de la tierra. Luego es grande locura de los hombres renunciar la vista del rostro de Dios por quantos gustos y delicias ofrece el mundo. Preguntemos tambien á todos los demás Apóstoles, ¿por qué renunciaron todo quanto podía prometerles el mundo de honras, deleytes y bienes temporales, solo por seguir á Christo? Y responderán, que iban muy gozosos entre la multitud de penas y trabajos que hallaban en todos los tribunales del mundo: y por mas que les ofrecian bienes de fortuna, todo lo despreciaban y hollaban con total aborrecimiento, por la grande esperanza que tenían de ver el rostro del Salvador. Preguntemos en fin á tantos millares de Martyres, que dieron sus vidas con grande regocijo y alegría; y nos responderán todos, que las camas de fuego les parecian de flores, las cruces, delicias, las espadas, regalo, y las carceles, palacios, por el gran deseo y firme esperanza de ver y gozar de su Dios.

6. Santa Rosa de Lima tenía una esperanza tan viva y heroica de ver á su Dios y Criador, y de gozar para siempre de su dulce presencia, que, siendo así que Christo se le aparecía muy frecuentemente en forma de niño, la acompañaba, y se paseaba con ella, y alguna vez como cansado se sentaba en la almohadilla de su labor; una sola hora que la dexase por pecadora (segun su parecer, y al juicio de su rara humildad) quedaba tan triste, y se consideraba tan destituida de todo auxilio, sintiendo los tormentos mas terribles del purgatorio por la privacion de su amado, que la obligaban á cantar con la mas viva esperanza estas tiernas quejas á su Jesus:

Ya las doce son dadas,
Jesus no viene:
¿Quién será la dichosa,
Que le entretiene?

Si

Si Dios, Católicos, nos ha revelado las grandezas de la patria celestial, ¿cómo vivimos tan olvidados de ella, y sin los vivos deseos de gozarla? O si considerasemos quán grandes y excelentes son los bienes que el Señor nos promete en el cielo, quán viles y despreciables nos parecerian los de la tierra! ¿Pues cómo no suspiramos en este valle de lágrimas, hasta alcanzar aquel sumo bien? Y quando vemos que se vá acabando nuestra vida, ¿cómo no nos alegramos al considerar que se finaliza nuestro destierro, y que estamos ya cerca de llegar á nuestra patria? *ad quam, &c.* Amen.

(a) Psalm. 26. Unam peti à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.

(b) Ibid. Credo videre bona Domini in terra viventium.

(c) D. Paul. ad Rom. c. 8. Tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius? Certus sum; quia neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei.

(d) D. Bern. Serm. in Psalm. 90. Investigemus, fratres, iudicium Dei, & frequentemus in timore, & tremore ipsius considerationem.

(e) Proverb. c. 18. Beatus, qui semper est pavidus.

(f) Psalm. 146. Beneplacitum est Domino super timentes eum, & in eis, qui sperant super misericordia ejus.

(g) Psalm. 149. Servite Domino in timore, & exultate eum cum tremore.

(h) D. Paul. ad Philipp. c. 2. Cui metu, & tremore vestram salutem operamini.

(i) Matth. c. 17. Domine, bonum est nos hic esse.

PLATICA III.

Que la verdadera Esperanza debe perseverar hasta el fin de la vida.

1. Refiere San Mateo (a), que el enemigo, que es el demonio, sembró la mala yerba, que son los pecadores, en la tierra del padre de familias, que es la Iglesia, y que luego dixeron á Dios sus criados, que